



Reflexiones sobre el empleo de Projectiles Tácticos a bordo

El hundimiento en 1968 del destructor israelí "Eilath" por una lancha rápida egipcia del tipo soviético "Ossa", armada con el proyectil táctico SU/SU Styx de fabricación también rusa y probablemente autoguiado, no hizo otra cosa que despertar un interés más generalizado en un aspecto que, hacía varios años, estaba preocupando a las Marinas de las principales potencias navales.

El ataque súbito y certeros impactos de los cohetes que causaron la catástrofe inmediata del destructor, produjo gran avance en el desarrollo e instalación de proyectiles tácticos a bordo, y el consiguiente declinar de la artillería clásica.

No basta considerar los aspectos puramente tácticos del empleo de tales armas, que las hay de las más variadas características, sino que también conviene reflexionar sobre algunos aspectos estra-

Por Ladislao D'HAINAUT Fuenzalida, Capitán de Navío
Luis BRAVO Bravo, Capitán de Fragata, Armada de Chile

tégicos, muy particulares ahora que, por la fuerza de las cosas, todo hace esperar que debamos familiarizarnos con su presencia en algunas Marinas de este continente, y en cierto plazo inevitable, en la mayoría de ellas.

Las características de diseño y capacidades de empleo de los proyectiles navales de uso táctico mueven a meditar ya que hasta ahora, algunas de esas características, así a primera vista, producen bastante inquietud acerca de las posibilidades de supervivencia de los buques sobre los cuales se dirija —inexorablemente exacto— el o los cohetes que, con más prontitud, haya lanzado el enemigo.

Tomemos por ejemplo el proyectil SU| SU "Exocet"

Por su alcance, sistema de lanzamiento, método de guiado en vuelo, velocidad que desarrolla, indefensión para detectarlo con oportunidad, explosivo que transporta, brevísimo lapso para contramedidas, inexistencia del anti-misil apropiado, baja altura de vuelo, etc., todo ello hace pensar, desde luego, que su montaje en una unidad relativamente modesta, transforma a David y lo deja en casi igualdad de condiciones para enfrentar a Goliath.

Por un lado, tácticamente hablando, surge un contrasentido. Primeramente que bastaría tener unidades livianas, o mejor dicho "plataformas", mientras por otro lado la mejor defensa la constituiría un buque pesado, protegido, ojalá acorazado, capaz de resistir el castigo.

Puesto que teóricamente, y tal vez prácticamente, "todo buque sobre el cual se dirija un misil de este tipo será alcanzado", si está dentro de su alcance efectivo, querría decir entonces que aquel buque o fuerza naval que logre la detección primero, maniobre y lance, destruirá o averiará gravemente al adversario.

Si, como es lógico suponer, las posibilidades de detección son iguales para uno y otro, y también lo son los alcances de las armas, podría ocurrir que el adversario lance a su vez mientras se le aproximan los proyectiles. Si éstos son autoguiados, es decir, que no requieren para nada del buque lanzador una vez en el aire, entonces ambos adversarios serían tocados. Podría ocurrir la paradoja que un buque sea alcanzado por un mi-

sil lanzado por un enemigo que fue destruido o que se está hundiendo.

La única defensa en este caso sería, o bien lanzar primero y destruir al adversario antes de que éste a su vez alcance a lanzar; lo que a igualdad de alcances y posibilidades de detección es casi utópico pretender, o bien evitar el contacto a distancia de lanzamiento.

Esto último significa lisa y llanamente evitar la batalla. Nos encontraríamos entonces con una nueva paradoja: dos adversarios que se enfrentan simultánea y permanentemente a la defensiva. Por una parte el sentido común nos dice de inmediato que esta situación es un absurdo. La guerra es un acto de violencia; si ambos adversarios renuncian al empleo de la violencia la guerra deja de ser tal.

Pero por otra parte recordemos que la batalla no es un "fin" en sí misma, sino un "medio". Y la batalla naval, en particular, es el "medio" por el cual podemos obtener el "fin" perseguido en la guerra en el mar: el Control de las Comunicaciones Marítimas. Pero, ¿qué sucede si el "medio" se torna ineficaz para proporcionarnos el "fin" deseado?

La destrucción mutua de las fuerzas no es una solución.

El Control de las Comunicaciones Marítimas o Dominio del Mar, como quiera llamársele, consta de dos partes: una, lograr el uso del mar en beneficio propio para sobrevivir, y la otra, lograrlo con exclusividad, es decir, negar además el uso del mar al adversario para impedir que sobreviva.

Si destruimos la fuerza enemiga podremos usar el mar en beneficio propio, puesto que ése era el obstáculo que lo impedía, pero si el precio que hemos pagado por ello es la propia destrucción ¿quién negará el uso del mar al adversario?

No habremos conquistado entonces el "Dominio del Mar" sino la "Libertad de los Mares"; habremos retrotraído con la batalla la situación del mar a su status de pre-guerra.

Surge a esta altura de nuestras reflexiones otra interrogante: ¿Será necesario volver a la concepción de la "reserva estratégica", es decir a la "economía de las fuerzas en el tiempo", no con la idea

que estas fuerzas alcancen a intervenir en la batalla para inclinar la balanza a nuestro favor, sino para que actúen después en la explotación del éxito obtenido?

Esta idea, que poco tiempo atrás podría haber sido calificada de "herejía estratégica", no debe ser descartada, a priori, como descabellada, en esta época en que todos los valores parecen trastocados. Recordemos que Mahan nos dice que Nelson pensaba, ya en 1805, que las naves británicas de segunda línea podrían dar la victoria a Inglaterra en caso de un combate favorable a los franceses, puesto que las mutuas averías de las escuadras principales les permitirían actuar.

Nos cita también la apreciación formulada en 1909 por el Primer Lord del Almirantazgo británico, quien estimaba que la insuficiente superioridad de Inglaterra sobre Alemania en número de acorazados modernos no tenía nada de catastrófico, ya que el gran número de acorazados de segunda clase que Inglaterra poseía, le permitiría ejercer el Dominio del Mar cuando los buques de primera línea de ambas naciones, igualmente averiados durante la batalla, hubiesen desaparecido de la escena.

Sabemos, sin embargo, que estas apreciaciones son erróneas, por cuanto la experiencia de pasadas guerras nos indica que siempre el vencedor ha sufrido menos pérdidas que el vencido, lo que le ha permitido contar, después de la batalla, con la superioridad relativa necesaria para ejercer el Dominio del Mar.

Pero hasta ayer el resultado de la batalla, tratándose de fuerzas aproximadamente equilibradas, era el fruto de la mayor o menor eficiencia del hombre que en uno u otro bando empleó los medios, buques, armas, instrumentos; de sus cualidades, su entrenamiento bélico o sus errores. Cuando este factor humano sea minimizado y reemplazado por la fría eficiencia electrónica de los mecanismos autocontrolados ¿será posible aun distinguir, después de la batalla, un vencedor y un vencido por la evaluación de las pérdidas sufridas?

Habíamos dicho que las únicas defensas contra el misil táctico serían lanzar primero y destruir al adversario antes que lance, o bien eludir el encuentro a distancia de lanzamiento.

Pero no son las únicas sin embargo. Quizás la mejor sería sumergirse, transformarse en flota submarina, desaparecer de la expuesta superficie del mar, con lo cual será posible aproximarse al buque de superficie, lanzar los cohetes y ganar la seguridad de la profundidad que el misil adversario no puede penetrar.

La idea no es original. Actualmente existen submarinos con tales características, pudiendo destacarse el USS. "Growler", SSG-577, único en su tipo hasta la fecha en la Armada norteamericana.

Ya sabemos que en el caso del "Exocet" cualquier medida electrónica hará un efecto contrario, puesto que la emisión del blanco contribuiría a ayudar al guiado del proyectil en lugar de bloquearlo. Lo que entonces aparece claro es que, por ahora, el misil golpearía indiscriminadamente a cualquiera de los buques de una formación dada, en especial al más próximo. Evidentemente ya surgirá la perfección técnica que le dará incluso capacidad de discriminar. Pero, por ahora, podría ser una defensa colocar blancos adelantados en el eje de la formación, como señuelos, o por lo menos colocar en esos estacionamientos a las unidades de menor valor bélico que el grueso. Esta medida, naturalmente, sólo conseguiría hacer menos aniquilador el primer golpe. Podría también concebirse un señuelo electrónico en un helicóptero, pero el tiempo de vuelo del proyectil es demasiado breve. Pocos segundos. Instantáneamente debería conocerse cuándo se aproxima e interceptarlo.

No cabría entonces más que el antimisil instantáneo, pero es de imaginar los costos de tales medios. Con estos sistemas de misiles, tan perfectos y por ahora incontrarrestables, sucede algo así como lo que ocurría en Alemania en el siglo XVIII.

El Mariscal de Saxe amenazaba a los príncipes alemanes con la invasión de sus pequeños estados, poniéndolos en el dilema: por una parte si no formaban ejércitos eran invadidos, y por otra si querían defenderse tenían que contratar ejércitos mercenarios y al hacerlo caían en el colapso económico.

Pues bien, el anti-misil o el misil superior, envuelven también elevadísimos gastos, de manera que si un país adquiere o desarrolla un determinado sistema

cuya eficacia obliga al enemigo potencial a desarrollar otro de contramedidas, a este último tendrá que costarle más que al primero, con lo que se le haría desgastarse económicamente.

Se llegará entonces necesariamente a un límite, o bien en determinado momento tendrán que emplearse realmente las armas, como en agosto de 1914 en que no se resistió la tentación de emplear tan espléndidos ejércitos.

Nuestras lucubraciones anteriores las hacíamos imaginándonos en alta mar, mejor dicho, imaginábamos lo que podría ocurrir entre dos fuerzas que tengan contacto en plena mar, puesto que allí el misil no tiene donde equivocarse. No hay "terreno". Encontramos luego el Talón de Aquiles del misil: la costa.

En aguas interiores, o en áreas en que una fuerza se encuentre muy próxima a la costa o a islas, sí que hay posibilidades de que el cohete no sepa diferenciar y por el contrario prefiera el blanco mayor: la tierra.

Hasta el momento entonces, dado que ante esta formidable arma la costa ofrecería ciertas posibilidades de seguridad, que pueden ser muy grandes de acuerdo a la configuración geográfica del teatro de operaciones, las aguas interiores entrarían a jugar un papel de gran importancia, muchísimo mayor que la que hasta ahora han tenido clásicamente para las unidades de superficie.

No hace muchos años la amenaza de la aviación obligó a las fuerzas navales a operar alejadas de costa; hoy la amenaza del proyectil dirigido puede obligarlas a retornar a sus proximidades.

La Espada de Damocles del proyectil, al no tener antídoto, se convierte así en más temible que el peligro del avión, y el buque prefiere buscar la protección de la geografía, encarando a este último.

Es lógico pensar, por ejemplo, que una escuadra que permanece en aguas interiores tendría un factor de fuerza muy valioso sobre otra que se aproxime desde alta mar. Sería difícil atacarla, y si lo es, cuenta con una protección ante los misiles de la que carece por completo el que a sus espaldas sólo tiene el mar. Si esta escuadra es inferior, tiene un valioso factor que explotará para conducir una defensiva estratégica.

Llegamos así entonces a que en la guerra naval habría aparecido el "terreno".

El más débil, como en la guerra terrestre, encontraría ahora en el terreno un factor de compensación de su debilidad, y tan efectivo, que no sólo le permitiría detener al adversario e impedir su triunfo como sucede en tierra, sino que le daría además la posibilidad de destruirlo casi impunemente.

Por otra parte, y suponiendo que con estas armas las escuadras trataran de eludirse mutuamente ante la certeza de la destrucción, aparece como imperativa la necesidad de dispersión en el campo táctico para minimizar los efectos de la sorpresa, o sea formaciones muy abiertas.

Pero si a pesar de todo el encuentro no buscado ni deseado se hiciera inevitable ¿sería lógico estrechar distancias para la batalla como cuando se combatía con artillería clásica? Si así fuera, se habría hecho también aplicable a la guerra naval el viejo axioma militar "dispersarse para marchar, reunirse para combatir".

Yendo mucho más lejos, se abre la interrogante de si no sería más rentable actuar con la Fuerza, directamente, sobre las Comunicaciones Marítimas en operaciones de ejercicio del Dominio del Mar, ya sea constituyendo verdaderos corsarios o por pequeñas agrupaciones. Las capacidades tácticas tan destructoras de estas armas a bordo, hacen aparecer cuerda la idea de evitar el combate si existe la certeza de destrucción mutua al primer contacto, y en cambio atraente tratar de ahogar el tráfico que interesa. Estaríamos regresando al pensamiento de la "Jeune Ecole", desechado como una falacia hace más de medio siglo.

Sin embargo esta actitud no haría sino precipitar el choque que se deseaba evitar. En efecto, el ataque a las Comunicaciones Marítimas con Unidades de la Fuerza Organizada, obligará al defensor a reunir las unidades protegidas por unidades de su propia Fuerza Organizada, lo que a su vez llevará al atacante a aumentar sus agrupaciones para lograr superioridad relativa y destruir las Comunicaciones pese a su fuerte protección.

Y así, por acción y reacción, se llegará fatalmente a una escalada que termi-

nará con el enfrentamiento de las flotas beligerantes en ataque y defensa respectivamente, de un determinado convoy de importancia vital.

Y aquí llegamos al punto de partida: por grande que sea lo que se juega ¿será rentable ir al encuentro?

Podría aducirse que tan posible o probable como la mutua destrucción en el combate, lo es el que alguno de los beligerantes reciba más daño que el otro, con lo que podría distinguirse un vencedor. De acuerdo. Pero, ¿qué determina cuál de los oponentes recibirá más daño? ¿el azar?

Clausewitz nos dice que la guerra tiene algo de juego de azar. Pero indudablemente no podemos convertirla sólo en eso: un juego de azar.

¿Qué Comandante en Jefe jugará el destino de su país a una sola carta sabiendo que tiene menos del 50% de probabilidades de éxito?

Indudablemente la promoción que ha sufrido el proyectil táctico naval, antes privilegio de una élite, plantea interrogantes, quizás más numerosas y profundas que las hasta aquí esbozadas, a las que no es posible dar una respuesta categórica. Salvo el caso del "Eilath", no hay experiencia bélica de su empleo.

Los asombrosos progresos de la tecnología impresionan, y, al comprobar la sofisticación cada vez mayor de las armas modernas, uno tiende a preguntarse si no estará próximo el momento en que se hará realidad la sentencia que Bloch, el banquero judío de Varsovia, aficionado al estudio de la guerra, pronunciara hace casi un siglo: "El soldado ha perfeccionado tanto el mecanismo de matar, que prácticamente ha asegurado su propia extinción".

Pero es necesario ser cautos al aventurarnos en lucubraciones de este tipo. La imaginación tiende a jugarnos una mala pasada. El precedente histórico nos

dice que el arma absoluta no existe. Varias veces se creyó verla aparecer en el pasado; recordemos el torpedo, el submarino y recientemente el avión. Aún están frescas las lapidarias afirmaciones de Seversky, pronunciadas hace tan sólo 30 años: "Asistimos al crepúsculo del Poder Naval...", "La Marina ha perdido su rol de fuerza ofensiva estratégica...".

Todo ingenio bélico es devastador mientras no se logre desarrollar técnicas o tácticas eficaces para neutralizarlo. Pero cuando la potencia y perfección de un ingenio sobrepasan ciertos límites sin que sea posible contrarrestarlo, el poder de represalia que su posesión confiere al adversario, se constituye en neutralizante. Al menos esto será así mientras sea posible seguir considerando la guerra como una empresa racional. El equilibrio es precario, pero suele producirse. En este mismo momento lo estamos viviendo con las armas nucleares.

Finalmente, cabe recordar una vez más, que todo lo dicho descansa en el supuesto de que las hipotéticas fuerzas beligerantes son aproximadamente equilibradas y ninguna de ellas presenta una debilidad extrema en algún aspecto.

Los puntos débiles son los que, hábilmente explotados por el adversario, determinan la derrota.

Por ejemplo, de nada serviría contar con excelentes misiles si no se arbitran medios eficaces para neutralizar la amenaza aérea. Será por allí, entonces, por donde una y otra vez golpeará el adversario hasta obtener el colapso, sin ponerse jamás a distancia de fuego de los proyectiles tácticos, en este caso ineficaces.

El buque porta-misiles no es sólo una plataforma. Requiere estar además premunido de los medios que aseguren que esta plataforma sobrevivirá, manteniendo sus condiciones ofensivas, hasta el momento y lugar precisos en que deba cumplir su cometido.